

no y Ludovico no enviaron más que algunos puñados de hombres. Únicamente Venecia se condujo lealmente: su caballería epirota y dálmata, sus *estradiotas* (entre ellos el albanés Mercurio Buas), las tropas alistadas por los nobles venecianos y lombardos, formaban un contingente de unos 40.000 hombres mandados por Francisco de Gonzaga, marqués de Mantua. El ejército francés, rendido de fatiga, pidió paso y víveres, ofreciendo pagarlos á buen precio, pero los italianos se negaron; entonces fué menester batirse en toda la línea, desde la vanguardia hasta los bagajes.

Fué un combate sin orden ni concierto. Rotas las lanzas, se peleó cuerpo á cuerpo, en medio de una formidable confusión. Como en los días del feudalismo, las mazas de armas trabajaron bastante más que los mosquetes y cañones. Las alabardas de los suizos rompieron las líneas de la infantería italiana, y gracias á que el ingenioso Trivulcio mandó abandonar los bagajes, los *estradiotas* de Venecia se dedicaron al pillaje, seguidos por la infantería de la independencia italiana, y mientras se destrozaban arcas y carros, pasó el ejército de Carlos VIII. Según Commines, hubo 3.500 muertos de ambos campos. Los cronistas no están unánimes acerca del tiempo que duró la batalla: según unos, quince horas, y según otros, dos ó menos. Esto último es lo más verosímil. Fué una lucha violenta en que la *furia* francesa pudo más que aquellas tropas mal disciplinadas (6 de Julio). Los italianos cantaron victoria. El duque de Milán mandó edificar una capilla sobre el campo de batalla; el marqués de Mantua hizo otro tanto en su capital; Bolonia echó á vuelo las campanas, y Venecia, Milán y Florencia celebraron procesiones en acción de gracias.

II.—Las guerras de Luis XII

CONQUISTA DEL MILANESADO.—Luis XII, apenas coronado (1498), reprodujo la aventura italiana. Como heredero de su abuela Valentina Visconti, pretendió el Milanésado, usurpado por los Sforza; y como rey de Francia, reivindicó el Mediodía napolitano,

poseído mucho tiempo por la familia de Anjou, y conquistado durante algunos meses por Carlos VIII. Los eternos odios de los Estados italianos entre sí le facilitaron el acceso á la Península. Por el tratado de Blois Venecia se comprometió con él á atacar á Ludovico el Moro, á cambio de la cesión de Cremona y de la Ghiera d'Adda. El papa Alejandro, que tanto se aterrara ante la invasión de Carlos, y que, por su política de familia, abandonó entonces á los Sforza por la casa de Aragón, concedió al rey todo lo que quisiera en Lombardía si le restituía el ducado de Valentinois, otorgado á César. En la primavera de 1499, Trivulcio, el terrible condotiero que degollaba á los prisioneros con sus propias manos, volvió á abrir á Francia la campaña contra el duque de Milán, su antiguo señor, que entonces le mandó ahorcar en efigie. El duque de Saboya autorizaba el paso y prometía un contingente. Trivulcio se apoderó de Tortona. Desbandóse el ejército lombardo, se amotinó el pueblo de Milán, y el emperador y el rey de Nápoles no quisieron atender los ruegos de Ludovico. Abandonado éste por Italia entera, después de haber puesto á buen recaudo sus hijos y su tesoro bajo la custodia de su hermano el mariscal Ascanio, huyó al Tirol por Como y la Valtelina. En veinte días todo el Milanésado pasó á poder de la corona de Francia. Encargándose entonces de organizar la conquista, Luis XII sustituyó el *Consejo secreto*, instrumento de tiranía al estilo italiano, por una especie de Senado, copia del Parlamento, é investido del derecho de suspender la ejecución de los decretos reales contrarios á los intereses del país. Pero al mismo tiempo entregó á Lombardía al despotismo militar de Trivulcio, nombrado mariscal, y cuyas apostasias escandalizaban á sus mismos compatriotas. Ludovico avanzó contra Milán, al mando de 10.000 suizos; el pueblo se sublevó de nuevo, obligando á retirarse á Trivulcio. Luis XII compró la traición de los capitanes del duque, que cayó preso cuando ya huía, disfrazado de fraile. El rey le condenó á reclusión perpetua en el castillo de Loches.

Trivulcio, dueño de Milán por segunda vez, empleó con los franceses de su ejército

el régimen de terror que le era característico. Mandaba ahorcar por docenas á los soldados y hasta á los caballeros acusados de los delitos más leves, por ejemplo, el hurto de una gallina, ó dar un beso á una muchacha en la calle. El monarca le depuso, nombrando para sustituirle al cardenal Jorge de Amboise, que inauguró en el Milanésado la servidumbre moderada. En su retirada, los suizos se apoderaron de Lugano y de Bellinzona, una de las llaves de Italia que todavía conservan.

CONQUISTA DEL REINO DE NÁPOLES.—La política italiana de Alejandro VI fué causa de que los ejércitos franceses invadieran de nuevo el Mediodía. Los Borgia y el rey unieron sus intereses: César recibió contingentes franceses para la conquista de Romaña, y Luis XII firmó, bajo los auspicios del papa, con Fernando el

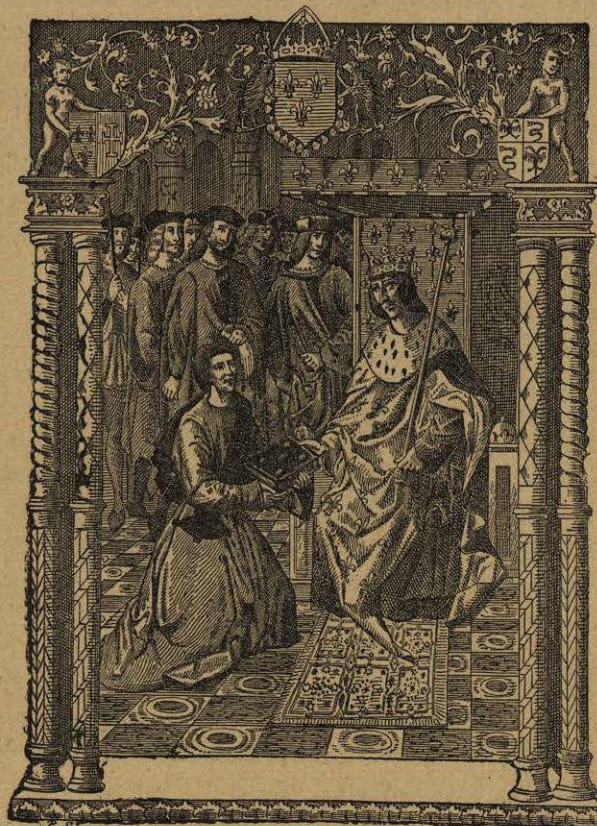
Católico el tratado de Granada (1500), pacto secreto concerniente al reparto del reino de Nápoles: Francia sería dueña de Nápoles, de la tierra de Labor y de los Abruzzos, y España de la Puglia y la Calabria. D'Aubigny mandaba el ejército francés que, partiendo de los feudos de la Iglesia, llevaba como capitán á César Borgia. El rey Federico II, sucesor de su sobrino Fernando, acogió sin desconfianza á las tropas españolas mandadas por Gonzalo de Córdoba, y les entregó Gaeta, avanzando después hasta las gargantas de San Germano para cerrar el paso á los franceses. La divulgación del tratado de Granada le desalentó de la lucha. César se

apoderó traidoramente de Capua, cuya entrada le facilitó un tal Fabricio. «Éste fué la primera víctima hecha por los soldados del duque—escribe Burchard—, que después dieron muerte á unos 3.000 infantes y 200 jinetes, y en último término, á los burgueses, sacerdotes y religiosos de ambos sexos, hasta dentro de las iglesias y monas-

terios. Los vencedores atropellaron bárbaramente á las mujeres é hijos de los vecinos de Capua.» Según Guicciardini, el de Valentinois reclamó, como su parte de botín, á cuarenta de las más bellas jóvenes de la ciudad. Las desdichadas, en su desesperación, se arrojaban al Volturno. Federico huyó á Ischia, prefiriendo más tarde entregarse á Francia mejor que á España. Cedió todos sus derechos á Luis XII, que le otorgó el título de duque de Anjou.

Gonzalo hizo prisionero en Tarento á don Fernando, hijo de Federico, y le envió á España, donde murió como reo de Estado.

Presto se rompieron las hostilidades entre ambos aliados. Gonzalo reclamó la Capitanata, la Basilicata y el Principado Ulterior. El duque de Nemours se alzó en armas, expulsando de Calabria á los españoles. En Barletta, junto al Adriático, donde se hallaba cercado el Gran Capitán, trece italianos sostuvieron un duelo caballeresco con trece franceses. En medio de las negociaciones de paz, Gonzalo volvió á tomar traidoramente la ofensiva y derrotó Nemours de Ceriñola (28 de Abril de 1503), al Sur de Foggia. Se-



La corte de Luis XII (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París)

cundado por los Colonna se apoderó del resto del reino. Los franceses no poseían ya más que Gaeta y Venusa. Luis XII envió un nuevo ejército acaudillado por Luis de la Tremoille, y luego, durante algunos días, por Francisco Gonzaga de Mantua, condotiero italiano que había servido bajo todas las banderas. Gonzalo derrotó otra vez á los franceses junto al Garellano (28 de Diciembre), derrota gloriosa para Bayardo que, durante algún tiempo, defendió él sólo el puente del río.

Luis XII, cansado de la lucha, acabó por renunciar á sus derechos sobre el Mediodía de Italia. En virtud del tratado de Blois, el rey recibía una indemnización de 900.000 florines y le compraba á Maximiliano por 120.000 la investidura del ducado de Milán. Prometió al emperador un par de espuelas de oro, y á Carlos de Austria, nieto de Maximiliano, la mano de su hija Claudia, y como dote, Borgoña, Bretaña y el condado de Blois (Septiembre de 1504). El mismo príncipe había de recibir de su abuelo materno Fernando el Católico el reino de Nápoles.

Aquel tratado desastroso, que fraccionó á Francia, fué roto al año siguiente, por el matrimonio de Germana de Foix, sobrina de Luis XII, con el anciano rey de España. Luis cedía á esta princesa sus derechos sobre Nápoles, despojando así á Claudia. En Mayo de 1506, los estados de Tours declararon inalienables á Borgoña y Bretaña, suplicando al rey que renunciase al casamiento de su hija con Carlos de Austria. Luis XII la desposó con su presunto heredero Francisco, duque de Angulema. En 1507 obtuvo contra Génova un ligero desquite de sus decepciones en Italia. Sitiada la ciudad por La Pallice, capituló después de una heroica resistencia viendo al verdugo quemar la carta de sus antiguas libertades municipales y siendo anexionada con Córcega y Chío al dominio real de Francia.

POLÍTICA DE JULIO II.—La Santa Sede no concedió á la Península más que algunos años de paz. La fogosa política de Julio II revolucionaría presto las provincias del valle del Po. La cuestión veneciana, creada por capricho del papa, señala el segundo período de las guerras europeas de Italia.

Son curiosísimos la causa y los preliminares de la Liga de Cambrai. El cardenal Julián de la Rovere, como buen genovés, tuvo siempre honda aversión á Venecia, la gran rival de Génova en el comercio marítimo y en la influencia sobre las comarcas de Levante. Exaltado al solio pontificio, se recrudeció su odio contra la República. Venecia, después de haberse dejado minar por Alejandro VI, que buscaba en ella un apoyo para la fortuna de César, apenas vió al duque de Valentinois reducido á la impotencia por la muerte de su padre y por su propia enfermedad, se apresuró á conquistar algunos pedazos del efímero reino de Romaña. Guarneció á Faenza, Cesena y Rimini, antiguas ciudades pontificias, y no quería renunciar á Rávena ni á Cervia, que ocupaba desde largo tiempo atrás. Sospechábase que pretendía también el dominio de Imola, de Forli y de toda la línea de plazas fuertes colocadas en la vertiente del Apenino, desde Bolonia hasta el mar. Julio II, cuya suprema ambición consistió en reconstituir y ensanchar el reino de la Iglesia, consideró, desde el primer día de su pontificado, á Venecia como el primer enemigo cuya ambición era más urgente. Al día siguiente de la elección pontificia, Maquiavelo, embajador de Florencia en Roma, adivinando el pensamiento del nuevo papa, se esforzó en aumentar sus rencores y prevenciones. Florencia tenía más motivos que Génova para aborrecer á Venecia. No sólo tropezaba con los bancos, factorías y armadores de San Marcos, allí donde quiera que se extendía su propio poderío financiero é industrial, desde los Países Bajos al mar Negro, sino que Venecia tenía, en los mares de Levante, una fuerza y una organización política y militar de que siempre carecieron los florentinos. En cuanto á su situación italiana, era la más á propósito para exasperar la envidia de sus rivales. Florencia, república restaurada prematuramente, inestable, perturbada por la rivalidad de clases y por las intrigas de los Médicis, no podía consolarse de la prosperidad de una república patricia, rica, cuya paz interior se hallaba garantida por una larga tradición. Para desacreditar á la Señoría Serenísima ante los italianos, voceaba

ba á los cuatro vientos que Venecia aspiraba á la *monarquía una*, á la tiranía general de la Península. He aquí por qué Maquiavelo, que se creía entonces investido de una misión verdaderamente patriótica, se identificó tanto con Julio II y pudo cometer, sin escrúpulo alguno, el gran error diplomático de su vida, no obstante haber tramado la intriga rápidamente y con admirable destreza.

El papa fué elegido el 1.º de Noviembre de 1503. El 6 le cumplimentó Maquiavelo, que además visitó á los cardenales influyentes, denunciándoles el peligro veneciano. «Les dije que se trataba de la libertad de la Iglesia, y no de la de Toscana, que el papa quedaría reducido á un simple capellán de los venecianos, si aumentaba el poder de la República, y que los cardenales debían defender á la Santa Sede, que cualquiera de ellos podía heredar.» El cardenal florentino Soderini, que solía comer con Julio II, secundó hábilmente á su embajador. El 10 de Noviembre el papa decía á Soderini:

«Si los venecianos quieren apoderarse de las posesiones dependientes de la Santa Sede, me opondré á tal pretensión con todo mi poder y *armaré contra ellos á todos los príncipes de la cristiandad.*» El 11 repitió á Maquiavelo las mismas amenazas; el embajador insinuó que Florencia era demasiado débil para atajar la ambición de Venecia. El 12 Soderini alarmó á los cardenales hablándoles de los peligros que corría su libertad personal. El 20 Maquiavelo presentó á Julio II un apremiante despacho de su gobierno: «Pareció afectarse profundamente... la insolencia de los venecianos obligábale á convocar sin pérdida de tiempo á todos los embajadores extranjeros.» El 24 las negociaciones avanzaron tanto que pudo escribir á la Señoría florentina: «Aquí todo respira odio contra los venecianos. Supongo que si se presenta la ocasión, sufrirán más de una humillación. Todos han recibido algún agravio de ellos.» Por su parte, Soderini procuraba á todo trance influir sobre el ánimo del cardenal de Amboise. Reconocióse la urgencia de formar una liga: el embajador florentino re-

pite esta frase del papa: «Si los venecianos no renuncian á sus empresas y no le devuelven las plazas que le han quitado, se aliará con el rey de Francia y el emperador, para destruir á una potencia cuya ruina desean todos los Estados.» El 26 Maquiavelo tranquilizó á la Señoría acerca de la sinceridad de los arrebatos y amenazas de Julio II: «Me manifiesta la más viva indignación contra los venecianos.» El 1.º de Diciembre vaciló el papa, pero le decidió Soderini, que cenó en el Vaticano. El 16 Maquiavelo ofreció la alianza de Florencia para establecer á los sobrinos del pontífice en Imola y en Forli, que todavía conservaba el duque de Valentinois: de

esta suerte empezarían las coaliciones contra las tierras venecianas. He aquí cómo finó su último despacho diplomático: «El papa se sostendrá firme porque no falta gente dispuesta á perjudicar á los venecianos y á descubrir públicamente todas sus intrigas.»

En menos de seis semanas el embajador toscano convenció á Julio II para que suscribiera la futura política de la Liga de

Cambrai, pero aquel papa impetuoso sabía aguardar la hora propicia. Hasta empleó un contingente veneciano en la toma de Bolonia. Concedió capelos á las cortes de Francia y España, excitando por medio de sus nuncios las desconfianzas de Luis XII, de Fernando y de Maximiliano contra Venecia. Á fines de 1506, el rey de Francia, antiguo protector de Bolonia contra César Borgia, envió al papa un contingente para ir contra la capital de los Bentivogli.

Pero Luis XII era todavía amigo de la República y se hallaba enemistado con Maximiliano. Los venecianos, alentados por el rey, impidieron al emperador que se encaminara á Roma para ceñir sobre sus sienes la corona cerrada, y su condotiero Alviano derrotó á los imperiales apoderándose de Trieste y Fiume. Maximiliano se vió obligado á una paz humillante y quiso reconciliarse con Luis XII. El monarca francés, ofendido porque sus aliados se habían apresurado á negociar sin su anuencia con el emperador, empezó á separarse de ellos.



Sello de Luis XII

Á fines de 1508, los intereses y los odios políticos se coligaban sordamente contra Venecia. Todo el mundo tenía que vengar agravios ó reclamar algún territorio á la República. Ésta ocupaba en el Adriático importantes puertos del reino español de Nápoles; en Lombardía, Brescia, Bergamo y Cremona, dependencias del ducado de Milán; por su situación al pie de los Alpes, del Tirol y de Istria, por Verona, que tiempo atrás había arrebatado á los Visconti, poseía varias de las puertas de Italia. Era dueña de Friul, reclamado por Austria. Dominaba á Romaña y la entrada del reino eclesiástico por las ciudades pontificias arriba mencionadas. Invadía, por último, el dominio espiritual, prescindiendo de la cancillería romana para la distribución de las prebendas vacantes. Julio II dijo entonces al orador veneciano Pisani: «Os reduciré á ser un pueblecillo de pescadores.» Y el embajador contestó: «Y nosotros, si Vuestra Santidad no es razonable, os reduciremos á un simple párroco rural.»

Finalmente, el 10 de Diciembre de 1508 los legados de las tres grandes potencias (el Imperio, Francia y España) firmaron en Cambrai un tratado de alianza en presencia de Margarita de Austria, regente de los Países Bajos y representante del archiduque Carlos, que era menor de edad. El mismo día el cardenal de Amboise, en nombre del papa, hizo firmar á los plenipotenciarios el acta de la liga contra Venecia. Ferrara, Mantua y Urbino unieronse presto con los confederados.

Se compró fácilmente, mediante el abandono de Pisa, la neutralidad de Florencia, que había sido la primera en desear ardientemente la ruina de su rival.

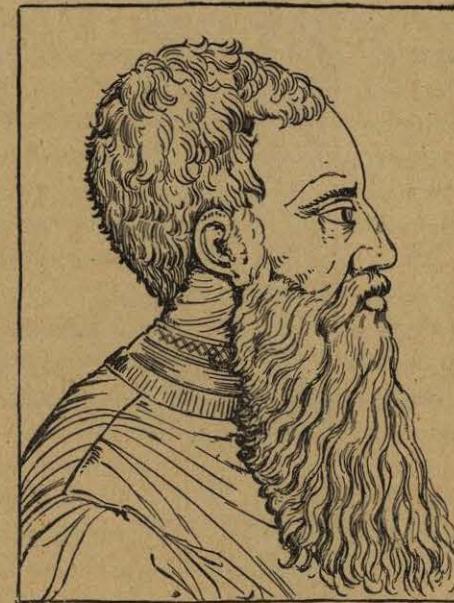
GUERRA DE LA LIGA DE CAMBRAI. PRIMER PERÍODO: AGNADEL.—«Esta guerra—dice Pablo Jove—fué la más larga y cruel librada en Italia desde la represión de los godos.» Venecia, contra la cual se coligaba la mitad de Europa, hizo frente á la tormenta. El 27 de Abril de 1509, el papa lanzó el entredicho contra la República. Luis XII y el mariscal de Chaumont pasaron el Adda con más de 20.000 hombres de infantería y 2.300 lanzas. Los imperiales no se apresuraban á

presentarse; y Francisco María Rovere, nuevo duque de Urbino, avanzaba sin precipitación á través de Romaña con el ejército de la Iglesia. Dos Orsini, Alviano y Pitigliano, eran los condotieros de la República. El segundo no hacía más que retrasar á su colega sus constantes indicaciones de retirada. El 14 de Mayo avistáronse con los franceses cerca de Agnadel, al Nordeste de Lodi. Los romañeses de Alviano resistieron bastante tiempo al enemigo. El rey tuvo que ponerse en primera fila para arrastrar á sus tropas. «Se expuso al fuego como el último soldado.» Por fin, Bayardo hizo un movimiento envolvente á través de las lagunas del Adda, precipitándose con la caballería sobre el flanco italiano. La caballería veneciana volvió riendas y se dispersó; la infantería permaneció en su puesto, siendo acuchillada. Perecieron de ocho á diez mil hombres; Alviano cayó prisionero y el rey recogió del campo de batalla veintiocho cañones y todos los bagajes. «De esta suerte quedó vencida una nación de hombres sabios, poderosos y ricos, y que nunca habían sido subyugados desde que los destruyó Attila, rey de los hunos.» (Saint-Gelais.)

El rey siguió avanzando y se apoderó de Peschiera, Cremona, Bergamo y Brescia. Las ciudades que intentaban resistir eran víctimas de una represión horrible: se pasaba á cuchillo á las guarniciones, se ahorcaba á los campesinos que se atrevían á gritar ¡Viva San Marcos!, y según cuenta el cronista Bayardo, «movía á risa ver á aquellos patanes que querían llevarse las almenas colgadas al cuello». Luis XII se detuvo en el Mincio, recibió las llaves de Verona, de Vicenza y de Padua, enviándoselas al emperador, á quien el tratado de Cambrai había reservado, como parte de botín, aquella región del dominio veneciano. El emperador, que se encontraba en Trento, mandó entonces á su ejército que se dirigiera á Italia, y sus generales se juntaron con Chaumont y Bayardo. Á las ejecuciones militares de Luis XII respondían los imperiales con el bandidaje y con los espantosos crímenes cometidos cerca de Vicenza por orden del príncipe de Anhalt, según Guicciardini y los cronistas alemanes. Al aproximarse los

enemigos, una parte de la población se había refugiado en una inmensa gruta de doble fondo próxima á la ciudad. Llegaron los imperiales atraídos por la sed del pillaje, y rechazando á los desventurados hasta el fondo de su asilo, hacinaron en la primera caverna leña y paja y les prendieron fuego. «Allí perecieron más de mil personas», dice Guicciardini. Un joven de quince años, que pudo salir al aire libre por una hendidura de la roca, fué el único que, medio abrasado, se salvó de la catástrofe.

En aquel momento Venecia no poseía más que algunas yugadas de su dominio de tierra firme. Al día siguiente D'Agnadel adoptó una resolución verdaderamente romana: eximió á sus ciudades del juramento de fidelidad, para ahorrarles los honores de una guerra salvaje. Mandó á sus gobernadores que licenciaran las guarniciones de las lagunas, y reclamó al duque de Urbino, para restituirselas al papa, Rávena, Cervia, Faenza y Rimini; devolvió á España los puestos que



Andrés Doria

ocupaba en las costas del reino de Nápoles. Después ofreció entablar negociaciones para la paz, pero Luis XII y el emperador pontífice no atendieron sus proposiciones. El 5 de Junio, el dux Leonardo Loredano escribió á Julio II una carta desesperada. Declaró en el Senado de Venecia que el llamamiento á los turcos sería en breve el supremo recurso de la República contra el padre común de la cristiandad, verdadero verdugo de sus hijos. Cuando los venecianos apelaron del entredicho pontificio ante un concilio general, Julio II lanzó contra ellos una bula de excomunión.

Pero gracias á las sordas rivalidades de los confederados y á la lentitud de Maximiliano, se reconstituyó paulatinamente la fortuna de Venecia. Treviso se sublevó en

favor de su metrópoli. Los aldeanos del condado de Padua y los soldados de San Marcos, ocultos en carros de hierba, franqueaban el recinto de la ciudad, y unidos con los artesanos y burgueses, arrojaron fuera de ella (17 de Julio) á los imperiales que se vieron obligados á sitiarla, en cuya empresa les secundaron mal sus aliados franceses. En Septiembre Maximiliano llamó de nuevo á su ejército á Alemania.

SEGUNDO PERÍODO: EVOLUCIÓN POLÍTICA DE JULIO II.—Entonces el papa cambió brusca-

mente la orientación de su política. Había conseguido de Venecia las plazas útiles para la defensa de las fronteras eclesiásticas. Comprendió que la ruina completa de la República sería una catástrofe para Italia y para la Iglesia, pues Venecia era el centinela de la Península frente á los turcos. Situada al pie de los Alpes y limítrofe del Milanesado (invadido en adelante por el extranjero), figuraba entre las avanzadas de la resistencia nacional contra toda invasión alemana ó fran-

cesa. «Si no existiera esa ciudad—dijo un día—, habría que fundar otra Venecia.» No obstante los esfuerzos de los cardenales franceses, los purpurados venecianos Grimaldi y Cornaro gestionaron la reconciliación.

«Si perdonáis á Venecia—decían aquéllos al papa—, claváis un puñal en el corazón del rey.» Después de largas negociaciones entabladas en Roma con los más distinguidos diplomáticos de la Serenísima, el papa absolvió á la república de San Marcos. El 24 de Febrero de 1510, los embajadores venecianos, vestidos con trajes de escarlata, se arrojaron en los umbrales de la puerta de bronce de San Pedro á los pies de Julio II, sentado en el trono con una vara de oro en la mano, y rodeado de doce cardenales provistos del mismo atributo simbólico. Á cada

versículo del *Miserere*, el pontífice daba á los suplicantes un ligero golpe con la varita. Entonces levantó el entredicho, impuso á los delegados como penitencia que visitasen las basílicas de Roma, y luego los llevó consigo á San Pedro. El 1.º de Abril, Trevisano, orador de la República, escribió al dux: «El papa es un prudentísimo y experto hombre de Estado; padece de gota y de otras enfermedades, pero no obstante, es muy enérgico y activo. Ambiciona ser dueño y señor del funcionamiento del mundo.»

Julio II había roto violentamente con la liga. Luis XII y Maximiliano, traicionados por el pontífice, que les había llevado á la maquinación de Cambrai, no vacilaron en continuar la guerra, aunque fuera contra el papa. Éste, alentado por los humanistas italianos, juró el exterminio de los bárbaros, «arrojó al Tíber las llaves de Pedro y empuñó la espada de Pablo». No sólo se alió con los venecianos, sino con otros bárbaros, todavía más inciviles que los franceses de La Palice y de Bayardo: hemos nombrado á los suizos. En Mayo de 1510, Mateo Schinner, obispo de Sión, logró que se pusiera bajo sus órdenes un contingente de 15.000 infantes. Por instigación de Julio II, Enrique VIII, rey de Inglaterra, se enemistó con Luis XII. Después el pontífice supo atraerse la adhesión de Fernando de España desgarrando la bula de Alejandro VI y concediendo al rey católico la soberanía completa del reino de Nápoles. Maximiliano no inspiraba ningún temor al papa, que decía de él: «Es inofensivo como un niño recién nacido.»

Como Alfonso de Ferrara, fiel á Francia, negábase á ceder sus feudos imperiales Módena y Reggio, fué excomulgado y despojado de sus feudos eclesiásticos.

Cuando los ejércitos francés y alemán se hallaban concentrados en el Veronés, Julio II llamó contra ellos á los españoles mandados por Fabricio Colonna, condestable de Nápoles. Más tarde intentó sublevar á Génova contra el rey, y su sobrino el duque de Urbino quitó Módena al duque de Ferrara. Venecia arrojó de Vicenza á los imperiales. Después, impaciente por acabar su obra, Julio, con casco y coraza, avanzó contra Bolonia.

«Es difícil describir el extraño espectáculo ofrecido por aquellas mitras, cruces y báculos al ir y venir á través de los campos.»

Luis XII comenzó por oponer una acción eclesiástica al papa condotiero, «de espesas y enmarañadas barbas». (Rabelais.)

En Septiembre reunió en Tours á sus obispos. El cardenal de Saint-Malo pronunció un violento alegato contra los crímenes políticos de Julio II desde los tiempos lejanos de Sixto IV, y acerca de sus traiciones contra Italia y sus aliados. El sínodo decidió que el papa no tenía derecho á guerrear contra los príncipes por razones puramente temporales, y que éstos podían combatirle, y confirmó para Francia las constituciones del concilio de Basilea y la Pragmática Sanción, anulando toda excomuni6n futura; cuando Julio II supo los acuerdos de la asamblea de Tours, expulsó de Roma á los embajadores franceses y prohibió á los cardenales del rey que se alejaran de la Ciudad Eterna. No obstante, los llamó Luis XII, que además hizo retroceder á otros cinco cardenales que se dirigían á Bolonia. El cisma era inminente.

Entonces rompiéronse las hostilidades. El 10 de Octubre, Chaumont, virrey de Milán, y los Bentivogli, sitiaron á Julio II en Bolonia. Los antiguos dominadores de la ciudad habíanse apoderado ya de uno de sus puestos; los cardenales estaban aterrados, y el mismo papa perdió un momento su imperturbable sangre fría, pero logró detener al pie de las murallas al mariscal con falsas proposiciones de paz, que dieron tiempo á que acudieran los venecianos y españoles. Chaumont tuvo que retirarse sin gloria alguna. Luego, entre las frías brumas del valle del Po, Julio II, llevado en litera, marchó á sitiar la Mirandola, cuya toma dejaría al descubierto á Ferrara. Las balas de cañón llovían alrededor de su tienda; una mañana de niebla estuvo á punto de que Bayardo le cogiera prisionero. El 21 de Enero de 1511 entraba por la brecha en la ciudad conquistada, y reclinado sobre unas parihuelas recibía el pleito homenaje de Francesca, hija de Trivulcio y viuda del último señor de la Mirandola.

Durante diez días disfrutó de su triunfo

en la ciudad arruinada. Después regresó á Bolonia, y el 11 de Febrero, á la par que Chaumont fallecía en Coreggio, el pontífice, conducido en un carromato tirado por cuatro bueyes, encaminábase á Imola y Rávena. Seguía la guerra contra Ferrara. En Rávena creó nueve cardenales, entre ellos el belicoso obispo de Sión. El 30 de Marzo volvió á Bolonia para celebrar la Pascua. El 22 de Abril emprendió de nuevo el camino de Imola, y luego una vez más el de Bolonia. En aquel momento, Francia y el emperador le hicieron proposiciones de paz, pero Julio II no quiso negociar mientras no se apoderase de Ferrara.

SUBLEVACIÓN DE BOLONIA.—En el mes de Mayo, el papa, amenazado por el avance de Trivulcio y Gastón de Foix, abandonó á Bolonia, huyendo á Rávena. Dejaba á los boloñeses, como legado, arzobispo y tirano, á su favorito el cardenal Alidosi, prelado despreciable y aborrecido, sobornado secretamente por Francia. El 21 de Mayo se sublevó la ciudad derribando la estatua del papa, obra de Miguel Ángel, colocada sobre el pórtico de San Petronio. Alidosi se fugó hacia Imola, mientras que los Bentivogli volvían á su capital con los franceses y el duque de Urbino, y los soldados pontificios se retiraban abandonando artillería y bagajes. Los boloñeses demolieron las torres de la ciudadela. Trivulcio reconquistó inmediatamente la Mirandola y el duque de Ferrara recuperó todos sus territorios.

Cuando Julio II supo en Rávena aquella grave noticia, se encolerizó contra su sobrino el duque de Urbino, exclamando: «Si algún día cae en mi poder, le descuartizo.» El 24 Alidosi fué á echarse á los pies del padre santo, que no sabía negarle nada, y descargó sobre Rovere toda la responsabilidad de la pérdida de Bolonia. Á su vez presentóse el duque, llamando cobarde al cardenal. El papa le expulsó de su palacio, y el joven prorrumpió en un acceso de ira: «¡Desgraciado del cardenal como yo lo



Estatua funeraria de Gastón de Foix, hoy en el Museo de Milán

encuentre!» Y lo encontró, á caballo, con coraza, en una calle angosta y rodeado de su escolta. El duque asió las riendas del corcel que montaba el prelado, y obligando á éste á que se apeara, le partió la cabeza con el puño de la espada. Sus espadachines remataron á puñaladas al favorito del papa. Ninguno de los acompañantes de Alidosi se atrevió á defenderse. Rávena y el Sacro Colegio aplaudieron el asesinato, y Julio II, loco de ira y de dolor, huyó á Rímini dos horas después del crimen, llorando en el fondo de su litera.

CONCILIO DE PISA.—En Rímini el pontífice vió fijado en las puertas de las iglesias el manifiesto de cinco cardenales rebeldes que, apoyados por el rey de Francia y contando con la neutralidad del emperador, le invitaban á que acudiese á Pisa para reformar la Santa Sede romana. Los cardenales de Corneto y del Mans parecían prontos á sumarse al cisma representado por aquel llamamiento de Briçonnet, San Severino, Borgia, Prie y Santa Croce. El cardenal de Este vacilaba todavía. Por otra parte, atribuíase á Maximiliano la intención de deponer á Julio y ocupar como papa emperador la silla de San Pedro. El anciano pontífice podía ignorar el movi-

miento revolucionario contra Roma que minaba sordamente á la Iglesia alemana, pero conocía perfectamente al clero francés, sus desconfianzas respecto al Papado, su tradición de independencia y su fidelidad hacia sus reyes siempre que éstos se enemistaban con la Santa Sede. Ya no se trataba de sitiar ciudades ni trazar planes de batalla. Urgía arrojar el casco y ponerse la mitra. El 27 de Junio, Julio II regresó á Roma sintiéndose enfermo. Al día siguiente publicó la bula *Sacrosanctæ*, convocando un concilio en Letrán para el 19 de Abril de 1512. Amenazaba con la degradación á los cardenales que no se sometieran inmediatamente. Al mismo tiempo acusaba á su sobrino, mandándole comparecer ante un tribunal de cuatro cardenales y despojándole